

Junto a este templo mayor había ciertas salas, muy bien labradas, que servían como de sacristía, donde se guardaban los ornamentos y alhajas que eran necesarias para su detestable y falso culto, de las cuales usaban para el servicio de estos falsos, mentirosos y fementidos dioses. Otras salas y cuartos había junto a estos templos, así el mayor como los demás menores, para los sacerdotes y ministros de los mismos templos y servicio del altar (como se dirá en otro capítulo),⁴ lo cual es muy conforme a lo dicho y determinado por el Filósofo. Y a cada parte y puerta de las cuatro, por donde a este dicho patio y templo se entraba, había una muy gran sala, y pegados con ella muchos aposentos y retretes, así altos como bajos, los cuales servían de casas de armas, donde las guardaban con toda su munición; porque como tenían los templos por lo más seguro y fuerte y era el lugar donde se recogían, cuando por alguna razón eran guerreados, guardaban en ellos, como en fortaleza, todas las armas y cosas necesarias de su defensa.

Sin estas salas ya dichas había otras tres con sus azoteas, encaladas y pintadas, con otros muchos aposentos y divisiones para los ídolos; los cuales eran sin número, así de piedra como de madera y de otros varios y diversos géneros y metales. Estos aposentos o retretes tenían las puertas muy pequeñas y bajas, que apenas podía entrar un hombre estrechamente por ellas; y por esta razón estaban aquellos lugares obscurísimos y muy propios de los demonios, cuyos vivos espíritus aquellas muertas estatuas representaban.

CAPÍTULO XII. Donde se dicen los nombres de los dioses que en los templos y capillas menores se reverenciaban, y se particularizan sus asientos y lugares, y los días en que ellos celebraban fiesta; y algunas casas y salas particulares de habitación y penitencia



JUNTO AL TEMPLO MAYOR, uno de los menores que más conjunto de él estaba, era el de los dioses tlaloques (dioses del agua), llamábase Epcatl y aquí en su capilla estaban sus imágenes; el día que hacían fiesta en esta capilla y templo a estos dioses tlaloques, era por el mes sexto, que llamaban etzalqualiztli, que en nuestra cuenta corresponde al mes de junio; este día lababan todas las albercas y presas de agua, y jugaban con cañas de maíz verde y hacían baile, que llamaban etzalmacehualoya, en todo el pueblo; y mataban en este lugar, en honra de estos demonios tlaloques, algunos cautivos y ayunaban uno de sus ayunos.

Otro templo y capilla había luego seguido a éste, que se llamaba Macuicalli o Macuilquiahuitl. En este cu y templo de este dios mataban a las espías que venían a espiar y explorar la tierra de los reinos y provincias circunvecinas, para saber y certificarse de las cosas que pasaban en la ciu-

⁴ Supra hoc lib. cap. 2.

dad; en lo cual había mucho aviso y cuidado, mirando de pies a cabeza todos los forasteros o extranjeros que en la dicha ciudad entraban, examinando muy de propósito a los negocios que venían, en especial de Tlaxcalla, Huexotzinco y Cholulla, a los cuales tenían por continuos y mortales enemigos.

Había otro templo o capilla que se llamaba Teccizcalli, toda hecha de caracoles mariscos, muy ricamente labrada, donde el señor o emperador de esta Nueva España se recogía algunos tiempos del año para cumplir los ayunos y penitencias que tenían de costumbre antes de llegar a celebrar las grandes fiestas. Estaban en este lugar algunos días, que eran como novenas, donde se abstentaban de los manjares y agresos de las mujeres y ofrecían sus ofrendas en el mismo día de esta fiesta; y allí, particularmente, mataban por ofrenda de el dicho emperador o señor algunos cautivos.

Había asimismo otras capillas, salas y aposentos que se llamaban *youhtlan*, donde los sumos sacerdotes o sátrapas (que eran dos) siempre se recogían en los tiempos de los ayunos principales y hacían ofrendas particulares por sí mismos y mataban cautivos.

Había otra capilla y templo, donde, como en percha, tenían las cabezas de los cautivos que mataban ensartadas y pasadas por unas varas, a manera de astas de lanzas, por las sienas; y tenían vueltas las caras hacia los ídolos, como mirando aquellas figuras en cuyo nombre ellos fueron muertos y sacrificados; y estaban estas perchas como lanceras, unas altas y otras bajas, puestas por muy buen orden. Para cuya inteligencia es de saber que estas cabezas que aquí ponían eran desolladas; y si eran de señores y capitanes de cuenta, las desollaban con sus cabellos y barbas y secábanlas. De éstas, había muchas al principio, cuando nuestros españoles entraron en la tierra; y si no fuera porque tenían algunas barbas no se creyera ser rostros de hombres, porque se habían rejuvenido y arrugado tanto que parecían de niños y causábalo el haberse enjugado y secado mucho. De estas cabezas había sargas, unas de a quinientas, otras de a mil y muchas de a más, y eran muchas las perchas y sartaes. Y si por el largo tiempo que estaban en aquellas perchas se caían algunas, ponían otras en su lugar, porque valían baratos y a muy poco precio los muertos; y parecían que en tener sus templos tan adornados de estas cabezas se mostraban famosos y grandes guerreros, muy valerosos en armas y muy servidores y cultores de sus dioses.

Había también otro templo, dentro de este cuadro, dedicado al dios del infierno, al cual llamaban *Mictlantecuctli*, que quiere decir: señor y principal del infierno; y el templo se llamaba *Tlalxicco*, que quiere decir: en el ombligo de la tierra, y con mucha razón, porque aunque es verdad que aquél es infierno donde Dios nuestro señor es servido de dar las penas; y sabemos de los demonios que están en los aires, padeciéndolas, y en la tierra; es cosa averiguada, según doctrina católica que el infierno está en las entrañas de la tierra y que allí diputó Dios lugar para los condenados; y así me parece que a ninguno otro pueden dar, ni poner mejor, ni más propiamente nombre, que a éste, por serle tan propio y conocido; y de aquí vino llamarle ombligo de la tierra, porque así como en el hombre está en

medio de el cuerpo, así lo está él, en el corazón y medio de la tierra y abismos. Celebraban fiesta en este templo y lugar cada año, en el mes tititl, que corresponde en nuestra cuenta al mes de diciembre. En el mismo lugar mataban un cautivo, que decían que era la imagen y semejanza de Miclantecuctli, aderezado y vestido con los ornamentos y vestiduras del dicho dios o demonio. Y en este mismo lugar administraba un particular sacerdote, que se llamaba Tlillantlenamacac, el cual se teñía todo de negro para asistir al sacrificio, que en su talle y figura bien parecía, cuyo ministro era; al cual, no bastándole la obscuridad de la noche para parecer negro y obscuro, añadía más negregura con la tinta con que se embijaba. Y todas las ofrendas que en este templo se ofrecían y sacrificios que se sacrificaban, todos se hacían de noche y no de día; porque como dice Cristo nuestro señor,¹ el que hace mal, ama las tinieblas y aborrece la luz; y de aquí quedará más claro, que ella, como aquel culto y servicios, eran usurpados a Dios verdadero, pues tan a lo callado y en medio de las obscuranas de la noche se hacían; las cuales son horas propias de ladrones, que más atienden a hurtar que a vivir con rostro descubierto en lo claro y lustroso del día.

Había otra capilla y templo, llamada Hueyquauhxiccalco; en este lugar se recogía el señor y rey de Mexico a hacer penitencia y ayunar, cuando venía un ayuno que se hacía en honra del sol; y en acabando este ayuno mataban cuatro cautivos de los que se llamaban chachame, que quiere decir tontos; y mataban también la imagen del sol y de la luna, que eran dos hombres aderezados con los ornamentos de estos dioses; y mataban otros muchos cautivos, después de los ya dichos, todo en orden del ayuno y penitencia del rey o señor que ayunaba; y no trato de la grandeza y majestad de los palacios dichos, por parecerme que en decir que eran de rey basta, y no hay más que decir.

Había otro templo muy lindo y bien aderezado, dedicado a un dios, llamado Tochincó; y en él se le hacía fiesta por el mes de tepeilhuitl, que corresponde a nuestro octubre; mataban y sacrificaban en este lugar un hombre que representaba su imagen y figura, vestido con sus insignias y vestidos.

Otro templo también, llamado Teotlalpan, dedicado al dios Mixcohuatl, al cual venían los señores mexicanos a asistir a un sacrificio grande y procesión que se hacía; la cual acabada se partía el rey con los principales y plebeyos mexicanos a una caza general que hacían a un monte, llamado Zacatepec, que dista de esta ciudad de Mexico cuatro leguas, a la parte de el austro o mediodía; la cual caza hacían tendiendo todos sus redes por gran distancia de tierra y monte, y hechos muela todos, venían ojeando y espantando la caza hasta recogerla en el dicho circuito y término, donde estaban tendidas las redes, y de los muchos y diferentes animales, así venados, conejos y otros bravos y furiosos que venían, cogían los que se les antojaban y al rey le parecía, y los demás dejábanlos ir por las montañas y riscos, para otra vez o veces que le pareciese salir a caza. Y hecha la

¹ Ioan. 3, 20 y cap. 24. Consuluit de Offic. et Potest. Iudic. Delegat. ubi Glos. lib. I.

caza, sacrificaba al dicho dios Mixcohuatl parte de ella, por ser el dios de los otomíes y a quien tenían dedicado el arco y flechas de la caza. Y hecho el sacrificio, que era infinito y casi sin número, despedía sus gentes, volvíase el dicho rey a su casa a la celebración de sus ritos.

Había en este dicho templo, en memoria de este dios, en cuyo nombre se hacía este sacrificio y caza, una alberca o estanque de agua negra, el cual se llamaba tllipan, que quiere decir lo mismo. En esta alberca o estanque se lavaban todos los sacerdotes y ministros del templo, a media noche todos los días, lavándose y limpiándose de la tinta de que andaban teñidos e embijados; y en acabándose de lavar iban a incensar al ídolo de este diabólico templo a un oratorio o capilla, que se llamaba Mixcohuapan, y de allí se iban a la casa, que se llamaba Calmecac, donde se criaban los niños (como después diremos). Había en este mismo templo un monasterio de sacerdotes o sátrapas, que eran aplicados al servicio de una diosa que llamaban Cihuacohuatl y por otro nombre Quilaztli. Ésta, dicen que fue la que primero parió; y según esto y según el primer nombre suyo, parece atinar a que sea Eva, que quiere decir, la mujer de la culebra.

CAPÍTULO XIII. De otros edificios y templos que había dentro de este cuadro y templo principal de Mexico, y se va continuando la materia de el pasado



O QUEDA SATISFECHA LA GRANDEZA y magnificencia de este lugar y templo dicho con sólo haber contado los templos menores, salas grandes y casas de recogimiento y penitencia dichas y referidas en el capítulo pasado, sino que es fuerza pasar adelante, contanto otras muchas que este grande y espacioso cuadro tenía. Una de las cuales era una pieza hecha a manera de jaula, toda de red, donde tenían encerrados todos los ídolos que habían traído de las provincias que habían conquistado y reducido a su señorío los mexicanos. Era este lugar como a manera de cárcel, en la cual parece que los tenían presos como a dioses vencidos y de poco poder; porque es cosa cierta que a tenerle, supieran defenderse y no dejarse rendir de hombres mortales, los que eran tenidos y estimados por inmortales y divinos.

Había otra sala que se llamaba Quauhxiclco, casa de calaveras, porque en aquel lugar echaban todas las cabezas de los que sacrificaban después de secas; y era como osario particular, en el cual, como en lugar escogido de hombres sacrificados al demonio, se oía una bocina algunas veces y a deshoras; y era opinión entre todos que la tañía el dios Titlacahua, y no era siempre a un tiempo, sino unas veces de día y otras de noche; y luego que se oía el sonido de la bocina, entraba dentro el sacerdote dedicado al servicio y culto de aquel lugar que se llamaba Yopoch, y poniendo incienso en el brasero lo incensaba; y según esto debía de ser entre estos indios